

Toti Martínez de Lezea



Hierba
de
Brujas

La llamada «caza de brujas» se desató en Navarra a comienzos del siglo XVI. Entre 1525 y 1527, todos los pueblos y aldeas de los valles de Erronkari, Zaraitzu, Aezkoa y Erro recibieron la visita de jueces civiles que llevaron a la hoguera y a la horca a más de cien personas, mujeres y hombres, y al exilio o a la cárcel a un incontable número de inocentes, acusados falsamente de brujería.

Loredi, marcada desde su nacimiento por ser la séptima de siete hijas, es acusada de ser responsable de unos hechos descabellados por el implacable Pedro de Balanza, juez político, consejero real y oidor de la Audiencia de Navarra. Consigue huir con la ayuda de su padre, pero, durante los siguientes quince años, se verá acosada por otro inquisidor, el licenciado Avellaneda, hombre obtuso, convencido de que las brujas existen, vuelan a las juntas, asesinan niños y fornican con el Diablo.

Con su habitual maestría, Toti Martínez de Lezea nos presenta una historia de ficción en un escenario, tan real como oscuro, que duró más de cien años.

A Itziar Zaballa,
la séptima de siete hijas

*Con mi agradecimiento a:
Koldo Villalba, guía de la selva de Irati
Alfonso Bañeres, veterinario de B.A.S.A. T.I.*

– 1493 –

El parto duró tres días interminables y la madre solo tuvo tiempo de contemplar su carita enrojecida antes de cerrar los ojos para siempre. Tras asearlo y envolverlo en una manta de suave lana de borrego nonato, la tía Constanza se lo llevó al padre, que esperaba en el salón, pero este ni tan siquiera le miró. Los ojos fijos en el fuego de la chimenea, una copa de vino en su mano derecha y las mandíbulas apretadas, el notario don Juan de Urruztia no dejaba de pensar en la esposa a la que amaba y cuya vida le había sido arrebatada de manera inesperada. Él no deseaba un hijo, solo a la única mujer que había logrado lo que parecía imposible, que tomara esposa, que se enamorara como un muchacho cuando sus sienes comenzaban a blanquear. Quería a Catalina a su lado, en el lecho, sentir su cuerpo, amarla hasta caer rendido, contemplar el amanecer entre sus brazos y volver a adentrarse en ella con el regocijo en el alma. Maldijo a Dios al saber que no volvería a acariciar sus cabellos y a perderse en su mirada. Y maldijo al causante de su muerte, el pequeño que se agitaba incómodo en brazos de la tía, como si entendiera que su padre no lo quería, que nunca lo querría. Don Juan se desatendió de él y alzó los hombros, indiferente, cuando su hermana le preguntó acerca de un ama de cría y del nombre elegido para el niño. La tía se lo llevó a su habitación y eligió para él el nombre de Bernabé, «hijo de la consolación», pues volcó en él un amor enfermizo y obsesivo al no haber sido madre, con un marido que la había dejado viuda a una edad en la que resultaba tarea imposible contraer otro enlace, dadas su edad y escasa fortuna. Vivía desde entonces

con su irascible hermano, quien la había acogido en su casa más como ama de llaves que como allegada, aunque le permitía llevar las cuentas del hogar y fue así como pudo contratar a una buena nodriza para alimentar a su sobrino. Prescindió de ella en cuanto el pequeño fue destetado; no deseaba compartir su amor con ninguna otra mujer. De esta manera se inició la vida de Bernabé de Urruztia.

Durante sus primeros siete años, no se separó de las faldas de la tía; dormía, comía y paseaba con ella, y se entretenía jugando con un carrusel o vistiendo y desvistiendo a una muñeca de madera, mientras ella sonreía complacida al tiempo que se aplicaba en su labor de bordado. Más que un niño parecía una niña, con cabellos demasiado largos, que la mujer no se cansaba de cepillar y adornar con lazos de raso. Apenas veía a su padre y, en dichas ocasiones, procuraba pasar desapercibido y permanecía callado, a sabiendas de que su presencia disgustaba sobremanera al señor que nunca le dirigía la palabra. Hasta que, un día, don Juan pareció salir del habitual ensimismamiento en que se hallaba inmerso desde la muerte de su mujer; miró a su hijo, miró a su hermana, pero no dijo nada. Una semana más tarde, se presentaron dos monjes y se llevaron al niño sin que sus gritos y lloros, y los de doña Constanza, sirvieran para nada. El notario había decidido que Bernabé fuera educado por los religiosos en lugar de por, a su entender, una mujer trastornada que lo estaba convirtiendo en un afeminado.

La vida en el monasterio fue una tortura para un niño acostumbrado a vivir entre algodones y cuyos caprichos eran inmediatamente hechos realidad por su madre adoptiva. Le raparon la cabeza al cero y cambiaron su elegante vestimenta y sus zapatos de badana fina por una túnica de estameña y unas sandalias. Comía un pedazo de pan y un cuenco de guisado de legumbres o verduras, dependiendo de la época del año, acompañado de algún que otro trozo de carne; era toda su alimentación. Se lavaba con agua he-

lada en las letrinas y, una vez al mes, era baldeado también con agua fría para quitarle la mugre, y dormía en compañía de otros novicios sobre un colchón de paja, cubierto con una manta rasposa. Era azotado con una vara en las nalgas desnudas delante de monjes y neófitos a la menor distracción o falta, y su jornada, al igual que la de todos, se regía por las horas canónicas que interrumpían el sueño y el trabajo en la huerta. Se quedó en los huesos, acentuándose la natural palidez de su rostro, y su mirada se volvió ausente, de forma que una vez por semana acompañaba al monje encargado de recoger las limosnas entre el vecindario. La lástima provocada por el aspecto demacrado del niño enternecía los corazones y aflojaba las bolsas. Quienes no tenían monedas de sobra le daban panes, manzanas, castañas e, incluso, algún pollo raquíto, que iban de inmediato al talego del monje. Así transcurrieron los primeros cinco años de encierro de Bernabé, sin salir de aquel lugar, sin haber vuelto a ver a su querida tía, sin una caricia. Hasta que un día cambió su suerte.

Convencido de que el muchacho tenía una inteligencia y una capacidad de aprendizaje superior a la de sus compañeros y de que en un futuro podría ser de mucha utilidad, el abad dispuso que abandonara el trabajo de la huerta y la mendicidad y se centrara en el estudio; en adelante pasaría a ser el ayudante del encargado del pequeño *scriptorium* del monasterio. Fray Paulino era hombre mayor y de pocas palabras, en absoluto amable por lo general, pero cuyo semblante se transformaba al tener en las manos uno de los códices custodiados con celo digno de un guardián del tesoro real. Contemplaba las detalladas iluminaciones realizadas a todo color con añadidos de oro y plata y, después, leía el contenido de cada página, con parsimonia, saboreando las palabras, regocijándose ante un aforismo especialmente hermoso. Ya no se realizaban libros miniados como los antiguos y, en su opinión, la imprenta había hecho

mucho mal al permitir el acceso al conocimiento a todo tipo de personas.

—El saber es un arma poderosa en mentes perversas contrarias a la doctrina que nos fue transmitida por profetas y evangelistas —repetía a menudo.

Él continuaba con el sistema tradicional, es decir copiando a mano, aunque solo los textos. Ni él ni los dos amanuenses que lo ayudaban en la tarea de reproducir algunas de las obras en pésimo estado que se hallaban en la media docena de anaqueles de la librería monacal tenían habilidad suficiente para realizar las ilustraciones, así que se limitaban a copiar las palabras escritas por otras manos tiempo atrás. En un principio, su cometido fue asear la estancia, ocuparse de mantener en orden los pupitres donde trabajaban los tres monjes, limpiar plumas y pocillos, y elaborar la tinta. Fue su primer contacto con lo que, para él, era un arte lleno de misterio: desmenuzaba y trituraba las agallas de bellota en el almirez y ponía el polvo obtenido a fermentar en agua de lluvia; colaba la mezcla y le añadía aceite de vitriolo, dejándolo reposar varios días después de haberlo removido a fondo. Finalmente, Paulino le añadía la goma de acacia que guardaba bajo llave por tratarse de un producto difícil de obtener a través de un mercader que se detenía en el monasterio un par de veces al año a sabiendas de que tanto la goma de acacia como el papel de vitela tenían en el bibliotecario a su mejor cliente.

Bernabé se moría de ganas a la espera de que le llegara la oportunidad de escribir sobre papel, aunque fuera el de algodón, más basto, pero su maestro solo le permitía hacerlo en la tablilla de piedra con una varilla de pizarra. No pudo reprimir su deseo. Un día que se encontraba solo en la biblioteca, introdujo un cálamo en la tinta y escribió su nombre en un trozo de papel desechado. El maestro lo pilló cuando estaba a punto de añadir su apellido y le atizó un manotazo en la nuca. El golpe dio con su cara en el pupitre, se volcó el pocillo y él se manchó de tinta la mejilla

derecha, la ceja y parte de la frente. La mancha tardó mucho en desaparecer, pero, a partir de entonces, el monje le permitió escribir, solo textos cortos al principio, pero más largos a medida que lo veía progresar. Los tres amanuenses tenían ya una edad en la que la vista comenzaba a enturbiarse y el pulso no era tan firme, y el joven pronto los superó en agilidad y maestría.

El primer libro que copió era el más importante de la pequeña biblioteca, uno de los llamados «Beatos», copia a su vez del original *Commentarium in Apocalypsin* del monje de Liébana. Dejó en blanco los espacios correspondientes a las iluminaciones, con la esperanza puesta en un maestro iluminador que quizás un día pudiera reproducirlas, y se centró en la escritura, en el mensaje del venerable texto escrito siglos atrás. Se detenía cada vez que encontraba una palabra misteriosa: sellos, símbolos, visiones, tronos, plagas, ángeles, cuernos... intentando descifrar su mensaje, el secreto destinado solo a los elegidos para acabar con el anticristo que diezmaba el rebaño de Dios, convencido de que él era uno de ellos.

De esta manera, entre rezos, disciplinas, estudio y trabajo transcurrieron los siguientes cuatro años de la vida de Bernabé, más retraído en sí mismo a medida que crecía, convertido en un asceta, tanto que incluso el abad tuvo que llamarle la atención. Su actitud incomodaba a los demás monjes, quienes encontraban del todo inusual que un novicio mostrara un celo propio de un penitente. Él, no obstante, continuaba centrado en sí mismo; leyó todos los libros de la biblioteca, y los releyó hasta saberlos de memoria al no disponer de otros. Era tal su ansia por alcanzar el conocimiento, que comenzó a escribir sus propios textos, empezando por emular al Beato con su interpretación personal del Apocalipsis de San Juan y vertiendo en ellos su visión del fin del mundo y las causas de los males de la Tierra, actividad que no pasó desapercibida para Paulino, quien exigió leer los escritos. El viejo monje se quedó ató-

nito y corrió en busca del abad. Tras examinar los textos con suma atención, ambos llegaron a la conclusión de que estaban ante un Tomás de Aquino reencarnado; era preciso dar alas a la pequeña ave a fin de que se transformara en águila para mayor gloria del monasterio, y fue enviado al colegio de los benedictinos de Iratxe, el más cercano, que estaba a la espera de recibir la bula del Papa para convertirse en Universidad. Por supuesto, los gastos del alojamiento y de los estudios correrían por cuenta del padre del neófito, quien, para sorpresa de este, no solo no se negó, sino que se empeñó en acompañarlo personalmente al famoso Estudio donde solo eran aceptados alumnos muy inteligentes, o muy ricos.

El encuentro entre padre e hijo fue todo menos efusivo. Se dieron la mano como si acabaran de ser presentados e hicieron el viaje en un carro de caballos en el más completo silencio. Diez años sin verse eran muchos. Durante todo aquel tiempo, don Juan no había acudido a visitarlo ni una sola vez, tanto era así que Bernabé había acabado por considerarse huérfano y en la práctica lo era. Ni siquiera preguntó por la tía Constanza, la única persona a la que dedicaba un pensamiento de vez en cuando; en su mente, ella representaba el cariño que no había vuelto a recibir desde que era un niño de largos tirabuzones; aquello también quedaba en el pasado, como un recuerdo, un sueño amable. Al llegar a Iratxe, el notario se entrevistó con el abad mientras él permaneció afuera, absorto en lo que sería su nueva vida, alejada de las confesiones públicas, el zurriago y las incontables horas transcurridas en una biblioteca sin ventanas, con la llama de las velas como única luz. Se despidió de su padre de la misma manera, con un apretón de manos, y se olvidó de él en el mismo instante en que traspasó la entrada del lugar donde esperaba encontrar respuestas para sus muchas preguntas. Y no solo eso.

Durante los tres años transcurridos en Iratxe exclusivamente dedicado al estudio, bien alimentado y obligado a

realizar largas caminatas, pues era filosofía de su tutor que la mente estaba en mejor disposición de aprendizaje si el cuerpo se hallaba en buenas condiciones, el muchacho raquítico y pálido se convirtió en un joven fuerte y seductor, y en el mejor de los alumnos. Sus superiores decidieron enviarlo a San Vicente, el colegio de la orden en Salamanca, donde el brillante escolar adquiriría una mejor preparación para luego regresar para mayor gloria del monasterio y de su Estudio. Sin embargo, una vez en la ciudad castellana, el joven borró de su mente cualquier idea de dedicarse a la docencia en una universidad menor; su meta era la cátedra de Sagrada Escritura en la propia Salamanca. De hecho, en su segundo año, abandonó el colegio de los benedictinos y se trasladó al Estudio General de Teología del convento dominico de San Esteban. Los benedictinos protestaron por el robo de su estudiante más prometedor, y este recibió una carta de su padre en la que le reprochaba no haber contado con su aquiescencia y le exigía volver a San Vicente o, de lo contrario, no abonaría el costo de sus estudios. Ni que decir que no se molestó en responder y castellanizó su apellido pasando a llamarse Bernabé Avellaneda, que a su parecer sonaba mucho más distinguido que Urruztia.

Meses después de su llegada trabó amistad con Alonso, miembro de una rama segundona del importante linaje de los Zúñiga. El joven no tenía intención alguna de ejercer de clérigo, carrera a la que había sido destinado por decisión familiar a la espera de que emulara los logros de sus antepasados y, de paso, le entrara un poco de cordura ya que era un tarambana de mucho cuidado. Vivía en el palacio de su tío y padrino, don Luis de Zúñiga Avellaneda, quien pasaba la mayor parte del año en Valladolid al servicio del rey por lo que no lo veía con asiduidad. Sin embargo, el caballero tenía una extraña querencia por su ahijado y lo había dotado con una generosa asignación que le permitía vivir sin dar golpe. En una de sus estancias en Salamanca, Alonso le habló de su amigo, el extraordinario escolar, y quiso

conocerlo. No se sabe si debido a la apostura y conocimientos del joven, a que sus apellidos coincidían pese a no tener relación alguna de parentesco o si pensó que sería una buena influencia para el golfo de su ahijado, ordenó a su administrador le pasara una asignación a fin de que pudiera continuar sus estudios sin estrecheces. También le ofreció vivir en el palacio, pero Bernabé rechazó tal posibilidad; debía llevar una existencia de recogimiento, estudio y oración, aseguró, acorde con su vocación. Impresionado por su férrea voluntad, el hombre le dobló la asignación. Ya no necesitaba los dineros del padre a quien no consideraba como tal y cortó todo trato con él, con los de su primer monasterio, con los monjes de Iratxe y con lo que pudiera recordarle su pasado. Desde entonces solo tuvo una aspiración: ser el mejor.

No dejaba de extrañar, sin embargo, su relación con el alocado de Alonso, la única persona con quien mantenía un trato que podía llamarse amistoso, muy diferente a la distancia mantenida con sus demás condiscípulos, incluso con sus maestros. A veces, se los veía caminar por las calles de la ciudad enfrascados en conversaciones en las cuales, estaba claro, el sobrino de Zúñiga llevaba la voz cantante ante la mirada condescendiente de su compañero. Y es que al futuro teólogo le divertía la verborrea de su amigo, un tipo soñador e imaginativo como él no lo sería nunca; era lo que para otros una jarra de vino. Sus encuentros lo hacían relegar durante unos momentos los sesudos razonamientos doctrinales, las lecturas en latín y griego de filósofos antiguos y actuales, sus refutaciones a las tesis de Lutero y de Erasmo de Rotterdam, las resoluciones del Concilio de Trento aprendidas de memoria, en particular las referentes a los protestantes y herejes que negaban pilares fundamentales de la doctrina católica, y a quienes había que combatir sin concesiones. Alonso también le hablaba de mujeres, un tema desconocido para él, y le describía con pelos y señales sus noches de placer con una moza de la «La Jaca

Parda». Su rechazo inicial por ser un asunto contrario a la castidad obligada en un eclesiástico dejó paso a la curiosidad, pues se dijo que el sexo era consustancial al ser humano vulgar y que, aunque él no lo practicara, debía conocer de qué se trataba para poder juzgarlo.

Lo uno llevó a lo otro y, tras varias semanas de reticencia, aceptó finalmente acompañar a su amigo a la taberna, seguro como estaba de poder hacer frente a todo tipo de tentaciones. Su sorpresa fue mayúscula al encontrar en el lugar a algunos de sus discípulos y, peor aún, a varios de los profesores de la Universidad. Los vio beber sin medida, reír, manosear a las sirvientas y a otras mujeres de pechos turgentes asomando por encima de los corpiños cuyo oficio no dejaba lugar a dudas. ¡Se hallaba en un antro de perversión inimaginable para él hasta entonces! En las Sodoma y Gomorra surgidas del infierno en un tugurio en el corazón de la sapiencia. Su primera intención fue salir de allí de inmediato, pero se contuvo; debía demostrarse que él era uno de los justos que el patriarca Lot no había sido capaz de encontrar en las ciudades pecadoras arrasadas por el fuego divino, si bien se mantuvo semioculto en un rincón mientras su amigo desaparecía escaleras arriba sujetando una jarra con una mano y la cintura de una moza con la otra. Regresó más veces y, tras azotarse con unas zurriagas a modo de penitencia, escribió en un cuaderno lo visto y escuchado en cada una de ellas, convencido de que sus apuntes le serían de utilidad algún día.

Habiendo obtenido con apenas veinticuatro años el título de Bachiller en Filosofía y Teología, que le permitía impartir clases mientras preparaba la licenciatura, decidió que ya no quería ser fraile dominico, ni de ninguna otra orden; no estaba hecho para obedecer, eso lo tenía muy claro, seguir reglas, constituciones o cumplir las horas canónicas que lo distraían del estudio e interrumpían sus cavilaciones, y tampoco quería ser clérigo. Pese a la insistencia del prior de San Esteban para que, al menos, entrara en la rama laica

de la Orden de Predicadores, de forma a seguir unido a los dominicos, aunque libre para decidir su vida, optó por aceptar la oferta del señor de Zúñiga y pasar a vivir en su palacio. Decidió asimismo abandonar la filosofía y seguir los estudios de Leyes y Cánones; un jurista tenía más posibilidades que un teólogo a la hora de apostar por la carrera política. Su ambición era llegar a ser miembro del Consejo Real, una idea madurada gracias a las conversaciones con su ilustrado benefactor, importante dignatario, así como coleccionista de arte, quien pasaba cada vez más tiempo en Salamanca a medida que envejecía. Bernabé aprendió con él lo que no se enseñaba en la Universidad: los tejemanejes de la Corte, las intrigas, los medios para alcanzar el favor real, la habilidad para moverse entre parcialidades y, en especial, la manera de evitar hacerse enemigos.

—Estos son tiempos revueltos —reflexionaba el caballero en voz alta—, con doña Juana encerrada en Tordesillas, el país en manos de extranjeros, la cuestión navarra, el asunto de las comunidades y de las germanías, la mala situación económica agravada por el expolio llevado a cabo a fin de obtener la corona del Imperio para el príncipe... Únicamente sacan tajada los más listos, o los menos íntegros. Y te aseguro, mi joven amigo, que no se trata de credos, ni siquiera de lealtades, sino de supervivencia, de apostar por el ganador, seguirle el juego y obtener beneficios.

Se sintió escandalizado la primera vez que lo escuchó decir algo parecido. Sin embargo, a medida que hablaban e iba teniendo consciencia del funcionamiento de los centros de poder, llegó a la conclusión de que la realidad era tal y como el caballero la describía: si quería llegar a ser alguien en la Corte debía jugar bien sus cartas. Antes de haber obtenido el título de Maestro en Leyes y Cánones, sus servicios habían sido ya solicitados por otras universidades y altos prelados, aunque él se mantenía insensible a la admiración que suscitaba, la mente fija en su objetivo. Vestido